

diré yo casi de qué color eran las observaciones, las reflexiones, las comparaciones, los juicios de estos entendimientos que no tenían aun, al buscar el *lenguaje*, ninguna expresión que pudiese darles la conciencia de sus propios pensamientos? Filósofos, procurad reflexionar, comparar, juzgar, sin tener presente y sensible al entendimiento ninguna voz, ninguna palabra.... ¿Qué es lo que pasa en vuestro entendimiento, y qué es lo que veis en él? Nada, absolutamente nada; y no podeis tampoco percibir vuestros propios pensamientos, cuando se aplican á objetos incorpóreos; comparar los unos con los otros, y juzgar entre ellos, sin expresiones que os los representen, que podeis ver vuestros propios ojos, y pronunciar sobre su forma y su color, sin un cuerpo que refleje su imagen.

» Efectivamente, aquí no son objetos físicos, objetos particulares ó compuestos de partes que se pueden ver y tocar, y de los que basta representasen la figura, operación de la facultad de imaginar que se ejecuta en el bruto lo mismo que en el hombre; son relaciones de decoro, de utilidad, de necesidad; son ideas morales, sociales ó generales, ideas de relaciones, de cosas y de personas, de donde se dirivarán bien pronto leyes y deberes. Son hasta relaciones intelectuales entre seres físicos ó entre estos seres y el hombre, relaciones que llegan á ser el objeto de todas las artes, y aun de las ciencias mas elevadas. Son, en una palabra, verdades, y no simplemente hechos que es menester expresar, es decir, objetos incorpóreos que no hacen imagen y no pueden ser la materia y la forma del razonamiento, sino con la ayuda del discurso.

» Pero la mas vasta, la mas complicada, la mas intelectual, y si es permitido decirlo, la mas sutil de todas las combinaciones ó composiciones de ideas y de relaciones es justamente el *lenguaje*, que encierra todas las ideas y todas sus relaciones, y que es el instrumento necesario de toda reflexion, de toda comparacion, de todo juicio. Era pues el medio de toda invencion el que era preciso comenzar por inventar; y como el pensamiento no era mas que una palabra interior, y la palabra un pensamiento hecho exterior y sensible, era absolutamente necesario que el inventor del *lenguaje* pensase, inventase la expresión de su pensamiento, cuando por falta de expresión no podia tener siquiera el pensamiento de la invencion.

» Familiarizados desde la cuna con el *lenguaje*, que oimos antes de poderle escuchar,

que repetimos antes de poderle comprender, que hablamos sin cesar con nosotros mismos ó con los demás, no hacemos mas atención á este arte maravilloso, que ha llegado á ser para el hombre su propia naturaleza, que al juego de nuestros pulmones, ó á la circulacion de nuestra sangre. La palabra es para nosotros como la vida, de la que gozamos sin conocer lo que es, y sin reflexionar lo que la mantiene. Y sin embargo, el ser, el tiempo, el universo, todo entra en esta magnífica composición: el ser, con todas sus modificaciones y todas sus cualidades; la sociedad, con sus personas, su rango, su número y su sexo; el tiempo, con lo pasado, lo presente y lo futuro; el universo, en fin, con todo lo que encierra. Todo lo que la *lengua* nombra es ó puede ser; solo la nada y lo imposible no tienen nombre. Luz del mundo moral que *ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, lazo de la sociedad, vida de las inteligencias, depósito de todas las verdades, de todas las leyes, de todos los sucesos; la palabra arregla al hombre, ordena la sociedad, explica el universo. Todos los dias saca ella al entendimiento del hombre de la nada, como en los primeros dias del mundo una palabra fecunda sacó el universo del caos: ella es el mas profundo misterio de nuestro ser, y lejos el hombre de haber podido inventarla, ni aun puede comprenderla. »]

No hay necesidad de una disertacion para probar que el conocimiento de las lenguas antiguas es muy útil y aun necesario para los que se dedican á la teología. El hebreo es la lengua original en que fueron escritos los libros del antiguo Testamento: ninguna version puede dar entera y perfectamente todo el sentido y energía de los originales. Algunos de estos libros ya no se conservan sino en la version griega: esta es la lengua que usaron los evangelistas, los apóstoles y sus discípulos, los santos PP. mas antiguos y mas respetables. El latin es la lengua eclesiástica de todo el Occidente.

Se equivocan los protestantes, cuando piensan que el conocimiento de las lenguas los hacen mucho mas capaces de entender la Sagrada Escritura que los santos PP. antiguos, y cuando se empeñan en que estos fueron en general malos intérpretes, porque no sabian la lengua hebrea. Orígenes y S. Jerónimo la poseian, y no vieron en la Sagrada Escritura otros dogmas y otra moral que sus contemporáneos, que estaban reducidos á consultar la version griega.

Sin necesidad de un gran aparato de eru-

dicion, los santos PP. se instruyeron y se guiaron por la tradicion de las Iglesias fundadas por los apóstoles, por la enseñanza comun de las diferentes sociedades ortodoxas, cuya enseñanza es mucho mas infalible que las sábias conjeturas de los modernos. Si estos nos satisfacen sobre muchos artículos de poca importancia, tambien suscitaron dudas sobre otras cosas de mayor necesidad. Los nuevos comentarios, lejos de terminar las antiguas disputas, suscitaron otras nuevas; pero en las explicaciones de los PP. hay mucha menos oposicion que entre las de los críticos de nuestro siglo.

Estamos bien lejos de vituperar, ni de reprimir el estudio de las *lenguas*, y reconocemos con gusto la necesidad de esta profesion; pero si á este auxilio, por útil que sea, no se añade la sumision á la Iglesia y la fidelidad á la tradicion, la Sagrada Escritura, lejos de conciliar los ánimos, será siempre la manzana de la discordia: cada nuevo doctor verá en ella sus delirios, y los apoyará sobre otros mil pasajes entendidos á su modo; la experiencia de diez y ocho siglos es una prueba demasiado fundada acerca de esto. Desde que los novadores apelan solo á la Sagrada Escritura, ¿están mas de acuerdo consigo mismos que con la Iglesia católica? Ninguna secta trabajó tanto sobre la Sagrada Escritura como los socinianos; y en ninguna se hizo de la Sagrada Escritura un abuso mas intolerable. En el siglo III declamaba ya Tertuliano contra esta licencia de los herejes: les reprendia su temeridad en querer sacar por sí mismos el sentido de la Escritura, sin consultar á la Iglesia, á la cual solamente confió Dios la letra de este libro divino, y le concedió su inteligencia.

LENGUA VULGAR. Se disputa entre los católicos y los protestantes sobre si es una costumbre loable ó un abuso el celebrar el oficio divino y la liturgia en una lengua que no entiende el pueblo. Este es uno de los principales cargos que hacen á la Iglesia romana los controversistas heterodoxos: la acusan de haber variado en esto la práctica de la Iglesia primitiva, ocultando al pueblo el conocimiento de lo que mas le interesa, y poniéndole en la precision de alabar á Dios, sin entender una palabra de las alabanzas que le dirigen.

Convenimos en que en tiempo de los apóstoles y en los primeros siglos se hacia el servicio divino en lengua vulgar en las mas de las Iglesias: se celebraba en *lengua* siríaca en toda la extension de la Palestina y de la Siria; en griego en todas las provincias

de Asia y Europa en que se hablaba este idioma; en latin en la Italia y las demás partes occidentales del imperio. Hay motivos para presumir que en Egipto, aunque se usaba del griego en la ciudad de Alejandria, se celebraba en copto en todas las demás Iglesias de esta region; pero no se sabe á punto fijo en qué tiempo principió esta variedad. Bingham empleó inútilmente mucho tiempo, tomándose el trabajo de probar este hecho general, porque nadie lo niega. *Orig. ecles.*, l. 13, c. 4.

Pero tambien hay excepciones que no pueden disimularse. Cuando S. Pablo fué á predicar á la Arabia, ¿es cierto que predicó en árabe? Aunque el cristianismo haya subsistido en aquella parte del mundo por lo menos cuatrocientos años, no hay en toda la antigüedad vestigio alguno de una liturgia en árabe. Duró por lo menos tanto como en la Persia, y jamás se habló del oficio divino en la lengua de los persas; en tiempo de S. Agustin era la lengua púnica la que se entendia por la mayor parte de los cristianos en Africa: así nos lo dice en sus escritos; pero nunca se trató de traducir á esta *lengua* las oraciones de la liturgia. Cuando el cristianismo penetró en las Galias, ya no era el latin la *lengua vulgar* de nuestras provincias remotas de la capital; menos lo era para los españoles, para los ingleses y para los demás pueblos del Norte; sin embargo, la liturgia se celebró constantemente en latin en todo el Occidente. Luego no es universalmente verdadero que el servicio divino en los primeros siglos se hiciese en *lengua vulgar*, porque las tres lenguas en que al principio fué celebrado, no eran vulgares en la mayor parte de los países del pueblo cristiano.

Pasados aquellos tiempos, cuando la mezcla y confusion de los pueblos trastornó las lenguas y multiplicó las jergonzas hasta el infinito, tanto en Oriente como en Occidente, no se sujetó la Iglesia á todas estas variaciones, sino que conservó constantemente el oficio divino en las mismas lenguas en que se celebrara al principio: probaremos con la mayor brevedad la sabiduría de esta conducta.

Porque los protestantes leyeron que los griegos celebran su oficio en griego, los sirios en siríaco, y los egipcios en copto, se imaginaron que estos lenguas aun eran populares, como lo habian sido en estas respectivas regiones: es un error grosero. El griego vulgar del dia es un lenguaje corrompido y muy diferente del griego literario: la lengua vulgar de los sirios ya no es el siríaco, sino

el árabe que hablan también los cristianos del Egipto. La lengua etiópica se desterró casi en un todo entre los abisinios, y fué sustituida por una lengua nueva que introdujo en aquellos países un rey extranjero; el armenio moderno tampoco es ya el armenio en que fué escrita la liturgia de los armenios: la liturgia siríaca fué llevada á los indios de la costa de Malabar, quienes nunca usaron de esta lengua, y la usan los nestorianos, que no la entienden. Assemani, *Bibliot. orient.*, t. 4, c. 7, § 22. Todos estos pueblos están por consiguiente obligados á hacer un estudio particular para entender el lenguaje de su liturgia, así como nosotros estamos en la precisión de estudiar el latín para aprender la nuestra. Los protestantes por su parte son injustos en reprender solamente á la Iglesia romana por una conducta que es la misma que la de todas las sociedades cristianas; pero los pretendidos reformadores no eran hombres bastante ilustrados para formar juicio de lo que es bueno y de lo que es malo. V. LITURGIA.

Tendrían algún motivo para quejarse, si la Iglesia hubiese decidido que era absolutamente indispensable celebrar el oficio divino en una lengua desconocida del pueblo; pero lejos de declararlo, no excluyó ninguna lengua; permitió la introducción de un lenguaje nuevo en el oficio divino, siempre que se consideró necesario para facilitar la conversión de un pueblo entero: así, además del griego, el latín y el siríaco que ya se usaban en tiempo de los apóstoles, se celebró la liturgia en copto, y en el siglo IV, cuando se convirtieron los etíopes y los armenios, se tradujo á las lenguas de estos dos pueblos, y en el siglo V, ya se halla escrita en estas seis lenguas. En los siglos IX y X, la tradujeron al esclavon los moravos y los rusos, y se les permitió celebrar en este idioma. Y cuando variaron todas estas lenguas, se conservó la liturgia en su lengua primitiva, y nosotros sostenemos que estuvo bien hecho.

1º La unidad de lenguaje es indispensable para mantener una conexión más estrecha y una comunicación de doctrina más fácil entre las diferentes Iglesias del mundo, y para conservarlas unidas con más facilidad á un centro común de unidad católica: que las diferentes sociedades protestantes que no tienen entre sí nada de común, no se tomen el trabajo de conservar un mismo lenguaje en el oficio divino y la liturgia, nada tiene de extraño; pero es muy diferente respecto á la Iglesia católica, cuyo carácter es la unidad y la uniformidad. Si los griegos y la-

tinios hubiesen tenido una misma lengua, no hubiera sido tan fácil á Focio y á sus partidarios el arrastrar al cisma á toda la Iglesia griega, atribuyendo á la Iglesia romana errores y abusos en que nunca había soñado. Cuando un protestante está fuera de su patria, no puede participar del culto público; pero un católico no se halla fuera de su país en ninguna de las regiones de la Iglesia latina. Se dijo que el empeño de los papas de introducir en todas partes la liturgia romana era un efecto de su ambición y de la sed de dominar; pero en realidad fué un efecto de su celo por la catolicidad, que es uno de los caracteres de la verdadera Iglesia.

2º Una lengua sabia que solo entienden los hombres instruidos inspira más respeto que la jergonza popular. Los más de nuestros misterios parecerían ridículos, si estuviesen expresados en un lenguaje familiar. Nosotros lo vemos por la traducción de los salmos en el antiguo francés, que hizo Marot para los calvinistas: su estilo es enteramente insostenible. Los bretones, los de la Picardía, los de Auvernia y los de la Gascuña, tenían tanto derecho á que el oficio divino se tradujese en sus toscos dialectos, como los calvinistas de París á que se tradujera en el puro francés: unos reformadores tan celosos por la instrucción del populacho, ¿por qué no tradujeron la liturgia y la Sagrada Escritura en los dialectos citados? ¿Hubiera contribuido mucho este trabajo á que la religión se hiciera respetable?

3º La inestabilidad de las lenguas vivas arrastraría en pos de sí necesariamente el cambio en las fórmulas del culto divino y de la administración de los sacramentos: estas frecuentes alteraciones influirían infaliblemente en la doctrina, porque estas fórmulas son una profesión de fe. Tenemos la prueba de esto en los protestantes, cuya creencia es en el día muy diferente de la que predicaron los primeros reformadores. Se ven incesantemente precisados á retocar las versiones de sus biblias, y cada nuevo traductor pone algo de su cosecha, porque tiene derecho á traducir, según sus ideas y con arreglo á sus sentimientos particulares. Las biblias luteranas, calvinistas, socinianas y anglicanas no son exactamente las mismas, y tampoco se parecen casi nada las liturgias en todas estas sectas. V. VERSION.

4º La necesidad de aprender la lengua eclesiástica conservó el conocimiento del latín en todo el Occidente, y nos dió facilidad para consultar y perpetuar los monumentos de nuestra fe. Sin esto la irrupción de los

bárbaros hubiera extinguido en nuestros climas todos los conocimientos humanos. Si bastara entre nosotros entender el francés para poder celebrar el oficio divino, toda la sabiduría de los ministros de la Iglesia estaría reducida á saber leer.

No está bien en boca de los protestantes, quienes se lisonjean de ser más sabios que los católicos, reprender y censurar un método que pone á los eclesiásticos en la necesidad de estudiar, y tiende á no dar entrada al reinado de la ignorancia. Sin la rivalidad que reina entre los católicos y protestantes, se habrían sumergido estos, por su celo en favor de las lenguas vulgares, en la misma ignorancia de los coptos de Egipto, los jacobitas de Siria y los nestorianos de las fronteras de la Persia.

Tampoco es cierto que por el uso de una lengua muerta se ven los fieles privados del conocimiento de lo que se contiene en la liturgia; lejos de prohibirles este conocimiento, la Iglesia encarga á sus ministros que expliquen al pueblo las diferentes partes del santo sacrificio y el sentido de las oraciones públicas; por eso mandó por un decreto del concilio Tridentino, contra el que tanto declaman los protestantes, lo siguiente: «Aunque la misa contiene un gran objeto de instrucción para el común de los fieles, los PP. no juzgaron conveniente el que se celebrase en *lingua vulgar*. Esta es la razón por que, sin separarse del uso antiguo de cada Iglesia, aprobado por la de Roma, que es la madre y la maestra de todas las Iglesias, y porque el pan de la palabra de Dios no falte á las ovejas de Jesucristo, el santo concilio manda á todos los obispos y á todos los que tienen cargos de almas, el que expliquen por sí mismos ó por otros con la mayor frecuencia posible una parte del sacrificio de la misa al tiempo de su celebración, y que desenvuelvan los misterios de este santo sacrificio, principalmente en las fiestas y domingos.» *Sesion 22, c. 8.* Lo mismo mandaron otros concilios particulares, y no hay ningún pastor que no se crea obligado á satisfacer tan sagrada obligación.

Además, la Iglesia no prohíbe absolutamente la traducción de las oraciones de la liturgia por cuyo medio pueda ver el pueblo en su lengua lo que dicen los sacerdotes en el altar: no desapruueba estas traducciones, sino cuando ve que se quieren valer de este medio para introducir errores entre los fieles. Los medios de instrucción se multiplican sobre esta materia hasta el infinito: por más que digan los protestantes, no es cierto que

entre ellos sabe mejor el pueblo su religión que entre nosotros; su símbolo es más corto que el nuestro y más fácil de retener en la memoria, y su ritual no es mucho más largo. Son más disputadores y menos dóciles que nosotros: sus mujeres se tienen por teólogas, porque leen la Biblia: esto no es un gran bien. Los más de ellos no saben lo que creemos y lo que enseñamos, porque no cesan de disfracar y calumniar nuestra creencia.

Finalmente, tampoco es cierto que cuando el pueblo una su voz á la de los ministros de la Iglesia, en una lengua que no le es familiar, ignora absolutamente lo que dice: sabe por lo menos por mayor el sentido de las oraciones que hace, y esto es bastante para alimentar su fe y su piedad. Generalmente hablando, es más piadoso el vulgo de los católicos que el de los protestantes.

Sus controversistas hicieron mucho ruido con el pasaje de S. Pablo que dice: «Si oro en una lengua que no entiendo, mi corazón verdaderamente ora; pero mi espíritu y mi inteligencia están sin fruto.... Mas quiero no decir en la Iglesia sino cinco palabras acomodadas á mi inteligencia, para instruir también á los demás, que decir diez mil en una lengua desconocida.» *Epíst. I á los Corint., xiv, 14 y 19.* Pero la lengua que usa la Iglesia en sus oraciones no es absolutamente desconocida en el pueblo, porque con las lecciones de los pastores y las traducciones de la liturgia el simple fiel está bastante instruido de lo que dice. No era lo mismo cuando un cristiano, dotado por una gracia sobrenatural del don de lenguas, hablaba en la Iglesia sin que nadie pudiese entenderlo; este es el abuso que quería reformar S. Pablo. Nosotros no vemos que diese él mismo á los árabes que convirtió una liturgia en su lengua nativa. Véase la *Disert. sobre las liturgias orientales* por el abate Renaudot, p. 43; Le Brun, *Explication de la messe, t. 7, Disert. 14; Tratado sobre el uso de celebrar el servicio divino en una lengua no vulgar*, escrito en francés por el P. d'Antecourt, etc.

Lenguaje típico. V. TIPO.

Lenguas (confusión de). V. BABEL.

* **Linguística.** Para hacer ver qué ventaja debe sacar la religión de esta ciencia enteramente nueva, basta fijar bien su objeto. Es principalmente hacer conocer las diferentes lenguas que se hablan sobre la tierra, las afinidades que existen entre ellas, las relaciones que han conservado con las lenguas habladas en otro tiempo, y de que ellas se han derivado; después por medio de estas nociones, averiguar, comprobar el origen y

el parentesco de los diferentes pueblos, y las familias ó razas á que deben su existencia. Estos trabajos se han hecho, y hé aquí los primeros resultados que han dado.

Los diferentes idiomas que se hablan, pueden reducirse á las tres clases siguientes: las lenguas *simples*, las lenguas *por fusion*, y las lenguas *por aglomeracion*. Casi todas las lenguas tienen una conexión mas ó menos grande con el hebreo.

Los hechos reunidos hasta el presente demuestran que el *antiguo mundo*, que posee las tres clases de idiomas, es también el único que tiene las verdaderas lenguas *por fusion*. El *nuevo mundo* ofrece de un cabo al otro de su vasta superficie lenguas *por aglomeracion*. El *mundo marítimo* no presenta aun en todos los idiomas conocidos mas que lenguas *simples*. Cuanto mas aislados y salvajes son los pueblos, mas patente es la conexión de su lengua con el hebreo: cuanto mas se civilizan, mas se debilita y pierde esta conexión.

Estas conclusiones ofrecen esta reflexión notable, á saber: que nosotros hallamos justamente en el *antiguo mundo*, en el que Moisés nos representa el origen de las sociedades y la cuna de todos los pueblos de la tierra, las tres clases esencialmente diferentes á que se pueden reducir las formas gramaticales de la admirable variedad de los idiomas conocidos.

Segun los libros de Moisés, que ningun monumento ni histórico, ni astronómico ha desmentido aun, y antes bien con los cuales se conforman de una manera maravillosa todos los resultados obtenidos por los mas sabios filólogos y por los mas profundos geómetras, sabemos que los caldeos, los asirios, los árabes, los hebreos y otros pueblos de la gran familia semítica han sido en todo tiempo los habitantes del Asia occidental: de donde se sigue que todas las investigaciones y descubrimientos hechos hasta el presente prueban de un manera victoriosa que la civilización primitiva no viene ni del Africa, ni del Asia oriental, ni de la Alta Asia, sino del *Asia occidental*.

☞ Acerca de esta ciencia, pueden consultarse los ya conocidos discursos del célebre Wiseman, especialmente el 1º y 2º, en donde trata con delicadeza y pasmosa erudición cuanto puede apetecerse en órden á la etnografía, ó estudio comparativo de las lenguas.

Leon (San). Papa y doctor de la Iglesia, que murió el año 461, y mereció el renombre de *grande* por sus talentos y virtudes. Con-

servamos de él noventa y seis sermones y ciento cuarenta y una cartas: los sabios no dudan que fué el autor de dos libros de la *Vocacion de los gentiles*. La mejor edicion de sus obras es la que publicó el P. Quesnel, en dos tomos en 4º, impresas primeramente en Paris en 1675, y despues en Lyon, en folio, en 1700, y últimamente en Roma en tres tomos en folio; esta es la mas completa. Como este santo papa vivió precisamente en un tiempo en que la dureza de las expresiones, que usaba la Iglesia de Africa condenando á los pelagianos, incomodaba á muchos, se dedicó principalmente á ensalzar el precio, la extension y la eficacia de la gracia de la redención: ninguno de los PP. habló de ella con mas energía y dignidad, ni acertó á inspirarnos tan tierno reconocimiento hácia Jesucristo, Salvador del género humano.

Barbeyrac, en su *Tratado de la moral de los Padres*, c. 17, § 2, dice que *S. Leon* no es fértil en lecciones de moral, que las trata con bastante sequedad y de una manera que menos sirve para mover que para divertir. Le acusa de haber aprobado la violencia con los herejes y la efusion de su sangre: cita en prueba de esto su *carta 13* á Toribio, obispo español, con motivo de los priscilianistas.

Sin embargo, es cierto que la mayor parte de los *sermones de S. Leon* y de sus *cartas* tratan de puntos de moral, dando de ella las mas juiciosas lecciones. En cuanto al modo con que las trata, decimos á los censores de este santo P., que *lean sus obras antes de juzgarlas*. Si hay quien no se conmueva con la elocuencia de este gran papa, que es frecuentemente llamado el *Ciceron cristiano*, es de un gusto bien corrompido. Pero Barbeyrac se habia cansado poco en leer las obras de los santos PP. que se atreve á censurar: es un copiante de Daillé, de Scultet, de Bayle y de Le Clerc, sin pararse en mirar si su crítica es justa ó desatinada. En el artículo PADRES DE LA IGLESIA, haremos ver la pobreza de las acusaciones que generalmente suelen hacerse contra unos hombres tan célebres por sus virtudes y talentos.

Antes de saber si *S. Leon* es reprehensible por haber aprobado el suplicio de los priscilianistas, seria preciso empezar por un exámen escrupuloso de la doctrina de estos y de los efectos que podia producir. Ellos sostenian que el hombre no es libre, sino dominado por la influencia de los astros; que el matrimonio y la concepción del hombre son obra del demonio; ejercian la magia y las torpezas mas infames en sus asambleas;

y pretendian que era lícita la mentira y el perjuicio. Esta era la misma doctrina que la de los maniqueos. *S. Leon* estaba muy instruido y convencido de este hecho por confesion de los mismos reos, como se ve por la misma carta que dirige á santo Toribio.

¿Hubo jamás una herejía mas á propósito para despoblar los estados, para justificar todos los delitos, y trastornar el órden de la sociedad? Un soberano sabio no podia dispensarse de castigar con todo rigor á sus partidarios, y un moralista no podia reprobar este rigor sin incurrir en la nota de ridículo.

Sabemos muy bien que *S. Martin* y otros santos varones desaprobaban altamente la conducta de los dos obispos Idacio é Itacio, porque se metían á perseguidores y acusadores de los priscilianistas: este papel no era conveniente á los obispos, era mas bien negocio de los magistrados y funcionarios del emperador. No se infiere de aquí que estos últimos hubiesen sido injustos en perseguir y castigar á estos herejes, ni que *S. Leon* debiese reprobar este rigor: el bien público exigía que una secta tan abominable fuese exterminada. Por este mismo motivo se perseguía en Francia en el siglo XII á los albigenses que enseñaban casi la misma doctrina. Se pueden tolerar los errores que no tienen relacion alguna con el órden público, ni con la pureza de las costumbres; pero predicar la tolerancia general y absoluta de toda doctrina, cualquiera que sea, es una moral absurda y detestable. V. PRISCILIANISTAS é INTOLERANCIA.

Beausobre, en su *Histor. del Maniq.*, l. 9, c. 9, t. 2, p. 736, forjó contra *S. Leon* una calumnia mas atroz; le acusa de haber imputado falsamente á los maniqueos y á los priscilianistas las torpezas de que no eran culpables, de haber sobornado testigos para certificar estos hechos, y para desacreditar á estos herejes en Roma. En prueba de todo esto, dice que los PP. siempre usaron sin escrupulo de fraudes piadosos por la salvación de los hombres; por ejemplo, de libros falsos y suplantados; que si se ha de creer al papa *S. Gregorio* en el l. 3, *Epíst.* 30, *S. Leon* representó una comedia, haciendo que saliese sangre de los lienzos tocados de los cuerpos santos, para probar que estos lienzos hacian tantos milagros como los mismos cuerpos.

Pudiéramos limitarnos á responder que los que no creen en la virtud de los PP., son incapaces de ser virtuosos; los hombres malvados son siempre los mas suspicaces: la primera prueba de Beausobre es una nueva impostura. Nosotros probaremos en otra

parte, que cuando los PP. citaron algunas obras suplantadas, las tenían por auténticas; por consiguiente esto no era por su parte mas que un error, pero no un fraude. El mismo Beausobre destruye su segunda; juzga que la carta 30 de *S. Gregorio*, l. 3, es un tejido de fábulas, luego segun él, la pretendida comedia atribuida á *S. Leon* es fabulosa; luego no fué inventada por *S. Leon*. Tampoco se puede probar que la forjó *S. Gregorio*; á lo mas se le puede acusar de haber sido demasiado crédulo. V. *S. GREGORIO PAPA*.

Letanias. Esta palabra sale del griego *λατρεία*, que significa *oracion, súplica, rogativa*: con el tiempo se tomó para significar ciertas oraciones públicas, acompañadas de ayunos ó abstinencias y de procesiones, con el fin de aplacar la ira de Dios, libertarse de algun azote que amenazaba, pedir á Dios algun beneficio particular, ó darle gracias por los beneficios recibidos. Los autores eclesiásticos y el ritual romano llaman también *letanias* á las personas que componen la procesion y asisten á ella; pero esta palabra en rigor de propiedad significa las oraciones que se rezan ó cantan á dos ó mas coros, respondiéndose mutuamente.

Hacia el año 470 *S. Mamerto*, obispo de Viena, con motivo de unos terremotos, incendios y otras plagas que afligieron á su diócesis, instituyó las rogaciones que se hacen los tres dias antes de la Ascension; se llamaron las *grandes letanias* ó *letanias mayores*, y llegaron á ser bien pronto generales en todas las Galias. Bien sabido es que el siglo V y VI fueron singulares por las frecuentes calamidades públicas que se padecieron. V. ROGATIVAS.

El año 590, con motivo de una peste que assolaba la corte de Roma, *S. Gregorio* papa mandó que se hiciese una *letania* ó procesion en siete trozos, que debían salir al amanecer del siguiente miércoles de diversas iglesias, y caer todas á la de Santa María la Mayor.

La 1ª se componía del clero; la 2ª de los abades con sus monjes; la 3ª de las abadesas con sus religiosas; la 4ª de los niños; la 5ª de los hombres legos; la 6ª de las viudas, y la 7ª de las mujeres casadas. Se cree piadosamente que de esta procesion general nació la costumbre de la *letania* de San Márcos.

También se llamó en Roma *letania mayor* por su gran solemnidad; pero en las Galias no se introdujo en mucho tiempo; y el nombre de *letanias mayores* se reservó para las rogativas. *S. Carlos Borromeo* manifestó un celo singular en restablecer en la Iglesia de Milan estas diferentes *letanias*, reanimando

con sus discursos y ejemplos la piedad del pueblo. En muchas Iglesias iban acompañadas de ayunos y abstinencias las *letanias* de las rogativas y de San Marcos; pero en el día se conserva solo la abstinencia, porque el ayuno no es de costumbre en todo el tiempo de la Pascua.

Las cortas fórmulas de oraciones que componen las *letanias*, se compusieron para que el clero y el pueblo pudiesen orar mas cómodamente sin interrumpir la marcha de las procesiones. En las *Notas del P. Menard sobre el Sacramentario de S. Gregorio*, p. 136, se encuentran las fórmulas de las *letanias*, que se cantaban en las iglesias de las Galias en los siglos IX y X: este autor las sacó de un antiguo manuscrito del monasterio de Corbia. A ejemplo de estas *letanias de los santos*, se compusieron otras *letanias* particulares, como las del dulce nombre de Jesus, la del Santísimo Sacramento, la de la Virgen Santísima, etc., aunque estas son menos antiguas. Véase á Bingham, t. 5, l. 13, c. 1^o, § 10; á Tomasio, *Tratado del Ayuno*, p. 174 y 413, etc.

Basnage, disertando sobre las *letanias* y rogativas en su *Historia de la Iglesia*, l. 21, c. 3, dice que en su origen no se hablaba de los santos en las *letanias*, y que solo se dirigian á Dios: no nos da ninguna prueba positiva de esto, sino que se contenta con citar los autores que dicen que se oraba á Dios y se imploraba su misericordia. ¿Quién lo duda? El mismo observa que solo decimos á los santos, *orad por nosotros*, y que decimos á Dios, *tened piedad de nosotros, auxiliadnos, perdonadnos*: luego todas estas oraciones se refieren á Dios, unas directa é inmediatamente, y otras indirectamente y por la intercesion de los santos. Así lo entendieron los antiguos, y así lo entiende ahora la Iglesia, y nada prueba la observacion de Basnage.

Letran. En la historia romana, era el nombre de Plautio Laterano ó de Letran, cónsul designado, que fué muerto por Neron: se dió despues este mismo nombre á un antiguo palacio de Roma, y á los edificios que se hicieron en su lugar. Ultimamente se dió tambien este nombre á la Iglesia de S. Juan de Letran, que pasa por la mas antigua de Roma, y es la silla del pontificado; pero es mas probable que su nombre le viene de *later*, que significa *ladrillo*.

Se llaman concilios de *Letran* los que se celebraron en Roma, en la basilica de este nombre, y fueron once, de los que cuatro son generales ó ecuménicos, y solo de estos trataremos.

Uno fué el que se celebró el año de 1123 en tiempo del papa Calixto II, en el cual se hicieron muchos cánones relativos á la disciplina, singularmente contra la simonia, contra el robo de los bienes de la Iglesia, contra la ambicion de los monjes que usurpaban la jurisdiccion y las funciones eclesiásticas: es el noveno concilio general; en él se ve que las costumbres de la Europa estaban entonces muy corrompidas, y que la excesiva licencia de los seculares se habia comunicado al clero.

El décimo fué celebrado en el año de 1139 en tiempo del papa Inocencio II, inmediatamente despues del cisma de Pedro de Leon, ó el antipapa Anacleto. Como Inocencio II no estaba aun reconocido por los reyes de Sicilia y Escocia, uno de los primeros objetos del concilio fué destruir todo el resto del cisma, y reformar los abusos que por su causa se habian introducido. Condenó tambien los errores de Pedro de Bruys, y de Arnaldo de Brescia, uno de los discipulos de Abelardo. Véase ARNALDISTAS y PETROBUSIANOS. Fué preciso renovar la mayor parte de los cánones de disciplina que se hicieron en el anterior concilio, y que habian producido muy poco efecto.

El undécimo fué celebrado en 1179, y presidido por Alexandro III, con el objeto de extinguir un nuevo cisma formado por el antipapa Calixto, á quien sostenia el emperador Federico. Este concilio tomó sus medidas, y formó algunos reglamentos para prevenir en adelante los cismas con motivo de la eleccion de los papas. Condenó á los valdenses, á los cátaros, llamados tambien patarinos ó poplicanos, y á los albigenses. Renovó los cánones de los concilios anteriores en orden á la disciplina, é hizo nuevos esfuerzos por reprimir el latrocinio de los señores, el lujo de los prelados, y el desarreglo de las órdenes militares y religiosas. Pero ¿qué podian hacer las leyes eclesiásticas en medio de los desórdenes y de la anarquía que reinaban en toda la Europa?

El duodécimo fué convocado el año de 1215 por Inocencio III. Este papa hizo que se recibiesen setenta cánones de disciplina, y al principio de estos hay una exposicion de la fe católica contra los albigenses y valdenses. Allí se estableció la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, lo cual venia á ser la confirmacion de los concilios anteriores, que habian condenado la herejia de Berengario. Allí se halla por primera vez la palabra *transustanciacion* para expresar la conversion del pan y del vino en cuerpo y sangre

de Jesucristo. El concilio condenó tambien la obra del abad Joaquin contra Pedro Lombardo sobre la Trinidad, en la cual habia enseñado muchos errores. Finalmente, se halla tambien la condenacion de la doctrina de Amauri.

El canon undécimo renueva la determinacion del concilio anterior sobre que se establezcan maestros de gramática en las iglesias catedrales y colegiatas: quiere tambien que se pongan canónigos lectorales en las Iglesias metropolitanas; reglamento sabio, aunque triste monumento de la ignorancia de aquellos tiempos, en que se esforzaban en vano los prelados por desterrarla.

El veinte y uno es el célebre canon *Omnis utriusque sexus*, que manda á todos los fieles confesar á lo menos una vez en el año con su propio sacerdote, y recibir al menos por la Pascua la sagrada Eucaristía. Se hizo este canon con motivo de los albigenses y valdenses, quienes despreciaban la confesion y la penitencia administrada por los sacerdotes, y pretendian recibir la absolucion de sus pecados por solo la imposicion de manos de sus jefes.

La mayor parte de las leyes que se hicieron en este concilio, fueron renovadas por el decreto, y son en el dia generalmente observadas. Véase la *Historia de la Iglesia galicana*, tomo 10, lib. 30, año de 1215.

LETRAN (Canónigos de) ó de S. SALVADOR.

Es una congregacion de canónigos regulares, cuyo centro es la iglesia de S. Juan de Letran. Algunos autores se empeñan en que hubo en Roma, desde el tiempo de los apóstoles, una sucesion continua de clérigos que vivian en comun y estaban ligados á esta Iglesia: pero hasta el tiempo de Leon III, hácia mediados del siglo VIII, no se formaron congregaciones de canónigos regulares que viviesen en comunidad: por lo mismo no se puede probar que los clérigos de S. Juan de Letran estuviesen en posesion de esta iglesia por espacio de ochocientos años, hasta que se la quitase Bonifacio VIII para poner en su lugar los canónigos regulares. Eugenio IV restableció en ella ciento cincuenta años despues á sus antiguos poseedores. En el dia una gran parte de sus canónigos son cardenales.

Letras. Se habla en la Historia eclesiástica de diferentes especies de *letras*, como *letas formadas* ó canónicas, *letas* de comunión, de paz, de recomendacion ó comendaticias, *letas* de orden, *letas* apostólicas, etc. En el artículo INDULGENCIA, hicimos mencion de las *letas* que daban los mártires y con-

fesores á los que estaban reducidos á la penitencia canónica, y por las cuales pedian que se les abreviase el tiempo de esta penitencia.

Añadimos que se llamaban *letas formadas* ó canónicas, las certificaciones que se daban á los obispos, presbíteros y clérigos cuando se veian en precision de viajar; y se llamaban *letas de comunión*, de paz ó de recomendacion, las que se daban á los legos cuando estaban en igual caso. El concilio de Laodicea, año de 366, el de Milevi, año de 402, y el de Meaux ó Meldense, año de 845, mandaban á los sacerdotes y clérigos que se veian en precision de viajar, que pidiesen á sus obispos *letas canónicas*, y prohiben admitir á la comunión y á las funciones eclesiásticas á los que no observen este mandato. Un concilio de Cartago, año de 397, prohíbe tambien á los obispos que se embarquen sin haber recibido del primado ó del metropolitano una *letra* de esta clase.

Esta precaucion era necesaria, singularmente en los primeros siglos, durante las persecuciones, cuando era peligroso fiarse de los extranjeros que pudieran fingirse cristianos sin serlo en efecto, por no comunicar con los herejes, y por no ser engañado por unos hombres que se atribuian falsamente los privilegios del clero. Aun en el dia está en uso en las diferentes diócesis el no dejar ejercer ninguna funcion de su ministerio á un sacerdote desconocido, si no se escuda con un *exeat* ó una certificacion de su obispo, á no ser que sea bastante conocido.

Se llama *letra de orden* la certificacion de un obispo, de la cual resulta que un clérigo recibió tal orden, menor ó sagrada, y que tiene licencia para ejercer sus funciones. Se llaman *letas apostólicas* los rescriptos del sumo pontífice para la condenacion de algun error, para la colacion de algun beneficio, para conceder una dispensa, ó para absolver de una censura. V. BREVE.

LETRAS (bellas). Muchos enemigos del cristianismo se atrevieron á sostener que esta religion ha perjudicado á la cultura y al progreso de las *bellas letras*; pero la mas lijera tintura de la historia será bastante para demostrar la injusticia y la falsedad de esta acusacion. Nosotros sostenemos que sin el cristianismo toda la Europa estaria sumergida en la misma ignorancia y barbarie que el Africa y Asia.

Antes de exponer los hechos que lo prueban, conviene que veamos la idea que nos dan los libros sagrados del estudio y de los conocimientos humanos. Los autores sagrados, igualmente que los profanos, comprendieron

bajo el nombre de sabiduría todos los conocimientos útiles y agradables. « Feliz aquel, dice Salomon, que procura adquirir la sabiduría y multiplica sus conocimientos; adquisición mas preciosa que todas las riquezas del universo; ninguno de los objetos que excitan las pasiones humanas merece compararse con ella. Este tesoro prolonga la vida, hace al hombre verdaderamente rico, y le cubre de gloria, le hace pasar sus días en la inocencia y en la paz. Es el árbol de la vida para los que le poseen, y el manantial de la verdadera felicidad. » *Proverb.*, III, 13. Dudamos que ningún autor profano hiciese de la filosofía un elogio tan pomposo. Se repite cien veces en el libro de la Sabiduría y en el Eclesiástico; es una exhortación continua al estudio.

Estos mismos escritores sagrados tienen gran cuidado de advertirnos que la sabiduría es también un don del cielo. Si el Eclesiástico, en el *cap.* 1 y 2, parece hacer poco aprecio del estudio y de los conocimientos humanos, es porque solo considera los abusos que de ellos hacen la mayor parte de los que los han adquirido.

« Los sabios que enseñan la virtud á los hombres, dice el profeta Daniel, brillarán como la luz del cielo, y su gloria será eterna como el esplendor de los astros. » XII, 3. Él mismo mereció el favor y la confianza de los reyes de Babilonia, y fué muy útil á su nación por sus conocimientos.

Jesucristo dice que, en el reino de los cielos ó en la Iglesia, un sabio doctor se parece á un padre de familias que distribuye entre sus hijos los tesoros que son el fruto de sus ansias y fatigas *S. Mat.*, XIII, 52. Cuando eligió á los ignorantes para predicar su doctrina, quiso demostrar que no tenía necesidad de ningún auxilio humano para verificar su grande obra: les prometió una luz sobrenatural y los dones del Espíritu Santo. Asombraba á los judíos la sabiduría de sus lecciones, aunque nada había estudiado. *Evang. de S. Juan*, VII, 15.

Cuando S. Pablo deprimió la filosofía y las ciencias de los griegos, manifestó el abuso que de sus luces hacían los filósofos, reveló el designio de la Providencia en valerse de algunos hombres sin *letras* para confundir la falsa sabiduría; pero cuando algunos quisieron deprimir el mérito de sus discursos, les hace observar, que aunque despreciaba los adornos del lenguaje, no por eso era un ignorante. *Epíst. 2 á los Corint.*, II, 6. Exige que un obispo tenga talento para enseñar, y exhorta á su discípulo Timoteo á que lea y

estudie, igualmente que le exhorta á que instruya á su rebaño. *Epíst. 1ª Timot.*, III, 2, 13 y 16.

Así, el cristianismo, lejos de separar á los fieles de cultivar las *letras* y las ciencias, les ofrece un nuevo motivo de aplicarse á ellas; á saber: la necesidad de refutar á los filósofos y el deseo de convertirlos. Desde el siglo II, S. Justino, Taciano, Atenágoras, Hermias y otros escritores cristianos, cuyas obras se han perdido; en el tercero, S. Clemente de Alejandría, Orígenes y sus discípulos mostraron en sus obras los mas grandes conocimientos en materia de filosofía y de historia: reemplazaron en la escuela de Alejandría á Panteno y á Ammonio Saccas, y las hicieron célebres con la sabiduría de sus lecciones. En el cuarto, S. Atanasio, S. Basilio, S. Gregorio de Nacianzo, S. Gregorio de Nisa, Arnobio y Lactancio fueron mirados como los mas grandes oradores y los mas célebres escritores de su tiempo. El quinto aun fué mas fértil en grandes hombres, á quienes no igualó ningún autor profano de aquellos tiempos. El emperador Juliano, envidioso de la gloria que producía en el cristianismo el talento y la ilustración de sus doctores, prohibió á los cristianos que frecuentasen las escuelas y enseñasen las *letras*. « Estas gentes, decía, nos degüellan con nuestras propias armas, sirviéndose de estos mismos autores para hacernos la guerra. » Pero la muerte de este emperador hizo inútil este rasgo de tiranía. S. Clemente de Alejandría, *Strom.*, lib. 1, c. 2, pág. 327; S. Basilio, *Epíst. 17, c. ad Magnen.*, y S. Jerónimo en la *Epíst. ad Nepocianum*, recomienda el estudio de las *letras*, igualmente que el de la Sagrada Escritura.

Las luces que se difundieron en Europa en el siglo V hubieran ido creciendo sin duda, y siempre en aumento, si una revolución repentina no hubiese cambiado la faz del universo. Los enjambres de los bárbaros saliendo de sus guaridas del Norte, devastaron sucesivamente la Europa y el Asia, destruyeron los monumentos de las ciencias y las artes, sembrando en todos sus lugares el terror y la desolación: sus devastaciones continuaron por muchos siglos, y no cesaron hasta que se domicilió en el Norte el cristianismo. Esta religión santa hubiera sucumbido sin duda bajo el peso de golpes tan terribles, si no la hubiera sostenido el brazo del Omnipotente. En su seno se formaron los recursos con que quiso reparar tantos males la sabiduría de la Providencia. V. BÁRBAROS.

Para escapar del vandalismo, abrazaron muchos hombres la vida monástica: dividieron su tiempo entre el estudio, la oración y el trabajo de sus manos, guardando y copiando los libros que escaparon de la tormenta. Por otra parte, los eclesiásticos, obligados al estudio por su estado, conservaron una tintura de las ciencias; llegaron á ser sinónimas las dos palabras *clérigo* y *literato*. La lengua latina, aunque destituida de su pureza, se conservó en el oficio divino y en los libros eclesiásticos: hubo siempre escuelas en el recinto de las iglesias y de los monasterios.

¿Qué diremos de algunos críticos modernos que escribieron que la religión había corrompido el latín, como si fuese ella la que hizo venir á los bárbaros á mezclar su jergonza con el lenguaje de los romanos? Otros se lamentan de que nuestros estudios y la mayor parte de nuestras instituciones tomaron una especie de aire monástico de los siglos medios. La prueba del hecho que sostenemos es, que los clérigos y monjes fueron los que realmente salvaron del naufragio las *letras* y las ciencias. Los clérigos se vieron en la precisión de estudiar el derecho romano y la medicina: solo ellos eran capaces de enseñarlos, porque los nobles, entregados á la profesión de las armas, llegaban á tal extremo de estupidez, que miraban el estudio como una señal de bajeza y villanía, y los esclavos no tenían libertad para dedicarse á las *letras*. Tal es entre nosotros el primer origen de los privilegios, de la jurisdicción temporal y de las prerogativas concedidas al clero. Este fué el único recurso para los pueblos en circunstancias tan calamitosas: ¿es este un motivo para avergonzarse?

En la fundación primitiva de las universidades ocuparon los clérigos todas las cátedras: estos establecimientos fueron mirados como actos de religión, que debían subsistir bajo la cabeza de la Iglesia. Cuando vemos un Gerson, canciller de la Iglesia de París, tomar á su cargo las escuelas de primeras *letras* por pura caridad, nos convencemos de que solo la religión puede inspirar este celo por la instrucción de los ignorantes. De esta misma caridad nos dieron también ejemplo los antiguos PP.; pero entre los filósofos no encontramos modelos de caridad, ni quien imite el ejemplo de los PP. entre nuestros adversarios modernos.

La poesía, en su origen, fué consagrada á celebrar las alabanzas de la Divinidad; en los siglos bárbaros volvió á su primitivo destino; los himnos y cánticos fueron siempre

una parte de los divinos oficios. En las asambleas de nuestra nación, á presencia del soberano y de sus súbditos, los obispos y abades eran los únicos capaces de tomar la palabra; porque por su estado estaban en la precisión de dirigir al público discursos religiosos. Los sermones de Fulberto y de Ivo de Chártres, los de S. Anselmo y los de S. Bernardo, no son tan elocuentes como los de san Juan Crisóstomo y S. Basilio; pero se ven en ellos rasgos de genio y la prueba de un gran estudio en la sagrada Escritura, manantial divino que produce la elevación de pensamientos, la viveza de imágenes y la nobleza de las expresiones.

En Roma se sostuvieron particularmente y se reanimaron por el cuidado de los sumos pontífices. De Roma hizo venir Carlo Magno maestros que restablecieron la cultura de las *letras* en su imperio: Alcuino, de quien él tomó lecciones, había estudiado en Roma. El cristianismo conservaba una conexión necesaria entre la silla apostólica y todas las iglesias del mundo. Los celos, la ambición y el genio opresor de los pequeños soberanos que esclavizaban la Europa, hubieran roto todos los vínculos de comercio entre sus habitantes, si la religión no hubiese mantenido entre ellos la comunicación y las relaciones sociales.

En el día, la ignorancia presuntuosa, decorada con el nombre de filosofía, declama contra la dominación de los papas: no ve que fué un efecto necesario de las circunstancias, y uno de los medios que nos han salvado de la barbarie. Reclaman contra la multitud de fundaciones piadosas, y olvidan que en aquel tiempo fué el único medio de aliviar á los infelices. Se escandalizan de la riqueza de los monasterios, porque ignoran que fueron por muchos siglos el único asilo de los pobres. Exageran las funestas consecuencias de las cruzadas; sin embargo, desde esta época se debe contar el principio de la libertad civil, del comercio y de la policía de nuestras regiones, y desde entonces dejó de ser temible el poder de los musulmanes. Se ridiculizan las disputas que reinaron entre el imperio y el sacerdocio; pero no reflexionan que son las que nos pusieron en la precisión de consultar la antigüedad y de tomar gusto á la erudición. Trataron de desacreditar el celo de los misioneros que van á predicar el Evangelio á los infieles; pero contribuyeron mas que nadie á que conociésemos las naciones mas remotas. Así, por una estúpida terquedad, rependen los incrédulos al cristianismo los socorros que les proporcionó